

de la ternura de nuestro corazon, á fin de que, amando en todos ellos á la persona misma de Dios, sea Dios, igualmente, el objeto de nuestros amores eternos en los cielos. Nosotros todos hemos amado hasta el presente, es verdad; pero nuestro corazon vivía revestido de múltiples llamas; ¡ah! queden extinguidas, desde este momento mismo, toda vez que son indignas, no solamente de un cristiano, sinó hasta de un sér racional. ¡Oh! purifíquese nuestro corazon, por intercesion vuestra, ¡oh María! y si hasta ahora hemos amado la vana aparien-
cia de una gloria efímera, el caduco bien de un premio corruptible, y la indigna satisfaccion de una pasion brutal; principiemos, desde este instante mismo, á amar en nuestro semejante la imágen de Dios, y sea el vínculo de ese amor la fraternidad en Jesucristo.

DIA DUODÉCIMO.

LA CAMPANILLA,

Ó SEA:

LA GRATITUD.

In omnibus gratias agite.

Dad gracias por todo, al Señor.

(TESALON. V. 18).

La naturaleza será siempre el guía, la directora y la maestra del hombre, mis amados hermanos. Ella es la que le conduce á la contemplacion de las divinas grandezas; ella la que le mueve á cada instante á cantar las glorias del Altísimo; ella la que, en toda ocasion, le excita á elevar á su Padre celestial el himno del reconocimiento y del amor. Siendo la naturaleza inmensa por su mole, imponente por sus séres, y estable por sus leyes, manifiesta el poderosísimo brazo del divino Hacedor; siendo ella, además, admirable en su organizacion, inexcrutable en sus fenómenos y sorprendente en sus

encantos, prueba, con toda claridad, la infinita sabiduría del supremo Artífice; habiendo sido criada, enteramente, en provecho del hombre, y hallándose sometida á su imperio, siendo capaz, para satisfacer sus necesidades, conservar su vida, y confortarle durante los breves dias de su peregrinacion; ella le revela el amor infinito con el cual Dios le amó *ab aeterno*, haciendo de él el objeto de sus complacencias, el coronamiento de sus obras, y la señal de sus misericordias infinitas. Mas ¡ay! hermanos míos; el hombre se muestra obcecado sobre este hecho, y no reconoce en la naturaleza otra cosa que el acaso, y en las bellezas de la tierra y de los cielos más que la casualidad fortuita; y sin explicarse los esplendores maravillosos de los sobrenaturales beneficios, más que por la doctrina de la fatalidad, acaba por desconocer á su Padre celestial. Y en lugar de ofrecerle el tributo de un corazon tierno, agradecido, y amoroso, Dios no existe! va diciendo, Dios no existe! Y aún en el caso de que un destello de la luz, que refleja su razon, le diga con voz irresistible, que ese Sér Supremo existe, que es una infamia el negarlo, y que él mismo lo cree en realidad existente, niega, sin embargo, su providencia; admite sólo que en los cielos vive eterno y glorioso; mas desconoce, enteramente, que sea en la tierra tierno, amoroso, clemente y bienhechor; y no diciendo nada, por lo tanto, de su amor, le niega el homenaje más sagrado y solemne. ¡Oh, séres, doblemente infortunados! cuán dignos no son de lástima y de nuestras lágrimas, mis amados hermanos!

Empero ¿y vosotros? ¡Oh! vosotros, ciertamente, sois dichosos, porque siendo hijos, tiernos de María, os es dado seguir sus huellas, imitar sus ejemplos, reproducir en vosotros sus virtudes. Y ¿qué ejemplo os ofrece en esta noche vuestra Madre santísima? Contempladla en su siempre delicioso y floreciente jardin, contempladla bajo el siempre bello y simbólico velo de sus misteriosas flores. En la noche de ayer, vosotros la contemplasteis cual Clavel, que resplandece por su llama; Ella, anteriormente, se había ya ofrecido á vuestras miradas cual Verónica, que jamás falta á la fé; cual Violeta, que siempre se humilla; cual Viudita, que se oculta debajo de su manto; cual Azucena, que se reviste de candor; y cual Eliótopo, ó Girasol, que siempre mira al Altísimo; en una palabra, se os ofreció como verdadera flor de los campos, segun ella misma se gloria de llamarse: *Ego flos campi*. Y flor de los campos se presenta á vuestra contemplacion en esta noche, cual Campanilla misteriosa, que nos enseña el reconocimiento que debemos al Altísimo por las mercedes obtenidas. Dicha flor, parecida en su parte interior á una preciosa campanilla, brota

majestuosamente de la extremidad superior de su tallo, siendo sus hojas angostas y oblongas, sus estambres dentellados y adornados, sus flores semejantes á una estrella; y el conjunto de ellas figura una abundante espiga embellecida por grupos de otras flores, colocadas en torno del tallo; siendo todas ellas graciosamente matizadas de un blanco el más cándido, de un color de púrpura el más encendido y un azul turquí el más precioso. Empero, todas esas bellezas, que se hallan encerradas en el fondo de su cáliz, no os es dado admirarlas, porque permaneciendo enteramente ocultas á vuestras miradas, dicha flor únicamente las muestra al suelo, que está debajo de ella, á aquel terreno, del cual extrae la nutrición y la vida, como en actitud de darle las gracias por el jugo abundante que de él recibe. ¡Oh Campanilla celestial! vuestra mirada, sí, que estuvo siempre fija hácia aquel divino Bienhechor, del cual reconocéis todo bien, toda grandeza y todo honor! Amados hermanos; si admiramos ese ejemplo, imitémoslo. La gratitud para con Dios es un deber, porque de él hemos recibido todo beneficio, y porque todavía esperamos de él nuevas mercedes. ¿Deseáis pruebas de ello? Os las daré, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

La gratitud, mis amados hermanos, la gratitud, nombre que se empleaba para expresar uno de los deberes más sagrados del hombre; nombre que sale tan á menudo, aún de los labios mismos de los mundanos, no es ya, como creen algunos, una expresion vana, una quimera, un fantasma. Tal quisiera hacerlo nuestro siglo, siglo de apariencias; mas en la balanza de la sana razon, y en el gran libro de la fé, dicha palabra adquiere un valor muy distinto, una importancia muy diferente. En la balanza de la sana razon, y mucho más todavía, en el gran libro de la fé, la gratitud, considerada en su nombre, es la expresion de una de las virtudes más bellas del cristianismo; considerada en sí misma, es el acto, por el cual manifestamos al Bienhechor nuestro reconocimiento por los beneficios recibidos; y lo manifestamos, tanto por las sinceras palabras que pronuncian nuestros labios, como con las múltiples obras que ejecuta nuestra mano. Sí, mis amados oyentes; la gratitud es una virtud, y como tal, no se contenta con vanas palabras, sinó que trasciende á los hechos, á las obras, á la realidad; y una vez posesionada del corazón del hombre, no puede ménos de moverle á cantar á cada instante las glorias de su bienhechor, y á prestarle el homenaje de sumision, á celar su honor, su grandeza y su gloria. Y ese es, precisamente, mis amados hermanos, el homenaje que debemos rendir á Dios por los bene-

ficios que hemos recibido de Él con mano generosa. Y ¿cómo no debiera ser ello así? Si volveis hácia el pasado el pensamiento para examinar, uno trás otro, todos los días de vuestra vida mortal; si repasais en vuestra imaginacion la historia de vuestro tiempo transcurrido; decidme: ¿no sentís vuestros ánimos conmovidos por la multitud de gracias que sobre vosotros ha derramado el Omnipotente, el Sumo Bien? El sér que poseeis, la facultad de pensar y de obrar, que tanto os ennoblece; el alma que encierra vuestro cuerpo y lleva impresa la imágen de la divinidad, ¿de quién es don, sinó de Dios? Él es quién, con sus propias manos, ha formado la masa de vuestro cuerpo; Él es quién, con su sopro vivificante, os ha infundido un alma inteligente, inmortal, capaz de conocerle, criada para poseerle y ser dichosa amándole. Y como si todo eso fuera poco todavía, Él es quien ha preparado para vosotros un mundo lleno de tesoros, y ha sometido á vuestro imperio todas las obras de su diestra creadora. Por vosotros ha sembrado de estrellas el firmamento, ha fijado en el centro del cielo el sol, hace salir la aurora sobre los montes, regocija vuestros corazones con la plenitud del día, os conforta con las sombras de la noche y os ilumina con la claridad de la luna. Por vosotros ha levantado los montes y extendido los valles; por vosotros ha hecho los verdes prados y los floridos jardines; las odoríferas flores y las fructíferas plantas; los frescos céfros y los refrigerantes manantiales; por vosotros ha poblado los aires de aves, los mares y la tierra de animales; por vosotros ... ¿por qué debo dejar arrebatarme por más tiempo por el vuelo de mi fantasía, mis amados cristianos? ¿Acaso pudiera olvidar la obra más grande de su amor hácia nosotros? ¿Por ventura se hubiera desvanecido ahora de mi memoria el mayor de los beneficios que Dios nos concedió en la plenitud de los tiempos, la Redencion?

Amados hermanos; aún cuando no hubiéramos recibido otro beneficio de Dios, ¿no tendría Él derecho á todo nuestro amor, á toda nuestra gratitud? Un Dios, que descende á esta tierra por el hombre; que por éste nace revestido de carne humana, en la carencia de todo bien; que pasa su vida entera en la oscuridad, en las privaciones y en los trabajos; que arrostra, por espacio de tres años, todas las penalidades de una predicacion fatigosísima; que se entrega él mismo á sus enemigos para ser maltratado por ellos de mil maneras, con insultos, con azotes, con espinas, con afrentas, con la cruz y con la muerte; ese Dios, mis amados oyentes, que lo sufre todo para librarnos de la esclavitud del demonio, de la tiranía de las pasiones y del dominio de la muerte; ¿no debe despertar en nuestro

corazon sentimientos de profunda gratitud? ¿Podríamos dejar de amarle?

Si aún no estuviéramos satisfechos con todo eso, proseguid, pues, considerando los beneficios recibidos. Decidme, la Iglesia, en cuyo seno Dios plugo admitiros; los Sacramentos, por medio de los cuales, todos los dias está renovando vuestro corazon; su propia carne, que os dispensa para vuestro sustento; su propia sangre, que os tiene preparada para vuestra bebida; la gracia, con la cual os reviste, y los consuelos con los cuales os conforta; ¿no son, por ventura, otros tantos dones, inmensos, infinitos é inestimables? Y ¿qué más, pues, debía hacer por vosotros vuestro Dios? *Quid debui ultra facere vince meæ, et non feci?* (Is. v, 4.) Si ni aún los beneficios particulares os moviesen ya, decidme: ¿cuántos de vuestros prójimos están gimiendo en este instante, postrados en el lecho, apesadumbrados y afligidos? Y vosotros, por el contrario, estais sanos, vigorosos y robustos. ¿A cuántos de ellos les falta hasta lo preciso para proveer á su subsistencia? Y vosotros os hallais provistos de lo necesario, de lo decente y de lo indispensable. ¿Cuántos de ellos son víctimas de los más tremendos infortunios, de las más terribles discordias, y están agoviados por el llanto más amargo? Y vosotros, por el contrario, vivís en medio de la satisfaccion, de la alegría y de la tranquilidad. ¿Qué más pidierais, pues, para ser agradecidos á vuestro Dios? ¿Acaso, porque Él os niega tal ó cual gracia, que implorais de su mano; porque no atiende á tal ó cual deseo, cuya satisfaccion le pedís; porque no escucha tal ó cual súplica, que le dirigís?... Mas, ¿quién pudiera aseguraros, que esa contrariedad, de que os quejais, no sea una gracia mucho mayor que la que le pedís? ¿Quién pudiera deciros, que no sea, por ventura, el exceso de amor que os tiene, lo que le obliga á trataros de la manera que lo hace?

¡Ah, hermanos míos! dejaos ya de frívolos pretextos; la gratitud! la gratitud! hé ahí el sentimiento que debéis mostrar hácia Dios. Los beneficios que de Él hemos recibido son harto grandes; y harto desdichados seríamos nosotros, si permaneciésemos ingratos en vista de ellos. Aprendamos, sí, aprendamos de María cómo debemos conducirnos con nuestro amoroso Señor.

Grandes fueron, en verdad, las gracias que recibió María; muy grandes los privilegios de que fué dotada y colmada. Élla fué elejida por Madre, Hija y Esposa de Dios. Élla fué preservada de la culpa comun; enriquecida con la plenitud de las gracias celestiales; predestinada para la grande obra de la comun reparacion; hecha, por un milagro, Virgen fecunda, Madre purísima. Ella fué dotada de sa-

biduria, armada de fortaleza, y revestida de gloria. Empero, mis amados hermanos, tal cúmulo de gracias derramadas sobre María, no podían dejar de convertirla en hermosa Campanilla, cuyas miradas y cuyo semblante únicamente se vuelven al piadoso y liberal bienhechor.

Purificad, hermanos míos, vuestros oídos, escuchad el vibrante sonido de esa espiritual Campanilla, aquel himno de alabanza, aquel cántico de admiracion, de reconocimiento y de amor que ella entona en la morada de Elisabeth. Observad como todo él requiere la más alta expresion del más fervoroso entusiasmo, la forma, por decirlo así, del éxtasis el más sublime. Y el sonido de la misteriosa Campanilla es el que distingue el candor de la sabiduría, el color purpúreo del amor, y el matiz azul celeste de la grandeza: él es el cántico de María, de aquel corazon, que agoviado bajo el peso de su propio reconocimiento, siente la imperiosa é irresistible necesidad de explayarse, de hacer ostensible á la faz de todos los pueblos su gratitud; y por eso ella bendice, alaba, ama á su Dios, y exclama: Mi alma glorifica al Señor: *Magnificat anima mea Dominicum* (Luc. i. 46); y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio: *et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*. Y si mi espíritu, añade Élla, está traspasado de gozo en mi Dios, es, precisamente, porque Él ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava; por esa bajeza misma, que cautivó la mirada de Dios, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada. *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Y ellas me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mí cosas grandes el Omnipotente, aquél cuyo Nombre es santísimo: *Quia fecit mihi magna qui potens est; et sanctum nomen ejus*. Su Nombre es santo; pero, á la vez, clemente, y su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen: *Et misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum*. Ese Dios omnipotente ha hecho alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios: *Fecit potentiam in brachio suo: dispersit superbos mente cordis sui*. Derribó del sόlio á los poderosos y ensalzó á los humildes: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada: *Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes*. Acogió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia: *Susecepit Israel puerum suum, recordabatur misericordie suæ*. De aquella misericordia, que habia ya prometido á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos: *Sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in sæcula*.

¿Habeis oído, mis amados hermanos, el cántico de la gratitud?

Pues bien; ahora sólo os resta imitar á la divina Profetisa; sólo os resta convertirnos vosotros, igualmente, en espirituales Campanillas, cuyo rostro se vuelva siempre hácia el Altísimo. También nosotros hemos recibido de Dios gracias, dones y beneficios innumerables; así, pues, también á nosotros nos incumbe la obligación del reconocimiento del amor.

¡Pues, qué! ¿si nos mostramos ingratos á los beneficios ya recibidos, pudiéramos esperar recibir otros de nuestro Padre amantísimo? ¿Osaríais, por ventura, decir, que no tendreis necesidad ya de una mano poderosa que intervenga en vuestros actos? que tan seguros estais de un feliz porvenir, que no abrigais temor alguno de perder vuestros bienes, de que quede quebrantada vuestra salud? que nada temeis de la audacia de vuestros enemigos, del poder de vuestros adversarios, ni de ninguno de aquellos males, en suma, que en número tan considerable os rodean en esta tierra de amargura y de quebrantos? ¿Acaso no teneis ya necesidad alguna de vuestro Dios? La gracia, que os hace capaces para el bien; la fortaleza, que os libra de tentaciones, y la perseverancia que os conduce al cielo; ¿han dejado de ser necesarias para vosotros? ¿Y teneis, por ventura, la seguridad y la inalienable posesion de todo ello? ¡Dios mio! Y ¿cuál es el instante de nuestra vida que pueda pasar sin el auxilio y el brazo de nuestro Padre celestial?

Ahora bien, mis amados hermanos; ¿pudierais esperar que ese brazo se os alargara amoroso á vosotros, y que ese socorro viniera con abundancia sobre vosotros, si insensibles á las mercedes recibidas, negaseis á Dios el tributo de un corazón agradecido, reconocido y amoroso? ¡Ah! léjos de nosotros tal suposicion, mis amados hermanos. *Ingratitudo*, segun dice claramente San Bernardo; *Ingratitudo est inimica animæ, exinanitio meritorum, beneficiorum perditio*. (SERM. 51, *in cant.*) Si; la ingratitude es el enemigo más terrible de nuestras almas, el adversario más poderoso de nuestra salvacion. Ella nos despoja de los merecimientos adquiridos en lo pasado, y por su causa nos convertimos en los seres más desgraciados de la tierra: *exinanitio est meritorum*. Ella nos quita todo derecho á los beneficios futuros, y por eso hace de nosotros los seres más desgraciados del mundo: *beneficiorum perditio*. Por ella perdemos el título de hijos de Dios, el derecho á su reino, el cariño de nuestro Padre celestial: *beneficiorum perditio*. Por ella perdemos la amistad de los Santos, su auxilio respecto de la vida presente, y la esperanza de ser un dia compañeros suyos en el cielo: *beneficiorum perditio*. Por ella perdemos toda participacion en los bienes comunes de la Iglesia; nos convertimos en miem-

bros muertos del cuerpo de Cristo; somos incapaces de saborear las dulzuras del divino amor, la abundancia de las celestiales riquezas, y la suavidad de los bienes sobrenaturales: *beneficiorum, beneficiorum perditio*. ¡Oh vicio infernal! oh mónstruo diabólico! oh fuente de perdicion y de ruina! ¿Qué corazón es, pues, el que puede admitirte en su seno? ¿Qué conciencia puede alimentarte en su interior? ¿Qué inteligencia puede darte cabida en sus pensamientos? ¡Ah! detestad, mis amados hermanos, detestad, repito, de una vez, un mónstruo tan execrable; alejadlo, no solamente de vuestro corazón, sino aún de vuestra memoria. Pensad en los graves males que él os acarrea, y en los bienes supremos de que os despoja. Aprended en María, que el único medio para merecer, en cierto modo, los beneficios futuros, es el reconocimiento de los beneficios pasados.

Si la Campanilla, al volver su faz hácia la tierra, parece dar á ésta las gracias por el recibido sustento, parece, igualmente, suplicarle que no la prive en lo sucesivo de su benéfica sávia. María, que no es una Campanilla terrestre sino espiritual, dirige sus miradas hácia Dios en accion de gracias por las recibidas mercedes; adquiriendo con ello un derecho á los beneficios futuros. Élla dá gracias á Dios por haberla preservado de la culpa original; y Dios la elige por su Madre. Ella responde á tan sublime dignacion con un transporte del más profundo amor; y Dios la llama Corredentora del mundo. A tan alta distincion, ella ni acierta á expresar siquiera los afectos de su corazón; y Dios la denomina el custodio de su pueblo fiel, la tesorera de todas las gracias del cielo.

No vayais á creer, que María dejara un solo instante de prestar el homenaje de su reconocimiento; Ella sabía que era la predilecta de Dios, y se consagraba á él en perfecto é inaudito holocausto. Ella consideraba el número infinito de mercedes recibidas, y desataba su lengua para tributar con su cántico las más solemnes acciones de gracias. Veía que las mercedes recibidas la llamaban á la cumbre del Calvario, á los dolores, á los padecimientos y á los sacrificios; y Élla, intrépida, sube al citado monte, como si fuera á la gloria, á los gozos y á las alegrías. Su vida, toda entera, es, en suma, una cadena no interrumpida de gracias; gracias que Élla recibiera de la mano de Dios; gracias que Élla devolvía á su Bienhechor celestial; de suerte, que sucediéndose unas gracias á otras, y mereciendo unas y otras, la elevaron al grado más eminente á que puede alcanzar una criatura mortal; es decir, á ser coronada con la triple diadema de Emperatriz del cielo, Soberana de la tierra, y Terror de los abismos.

Nosotros, igualmente, amados hermanos, esperamos una corona

en la Pátria de los Santos, el Paraíso; mas esa corona no podrá ceñir nuestra frente, en tanto que, ingratos á nuestro amoroso Señor, no merezcamos aquellas gracias que son capaces de facilitarnos el ingreso á la Ciudad eterna. Dios ha derramado sobre nosotros la abundancia de sus misericordias. Habiendo sido nosotros todos, *ab eterno*, el objeto de sus ternuras, desde nuestro nacimiento hasta este dia, él no ha cesado de derramar sobre nosotros, con mano pródiga, sus beneficios; ha cuidado, amoroso, de nuestra alma y de nuestro cuerpo, lo mismo respecto de lo físico, como respecto de lo moral, tanto de nosotros, como de todas nuestras cosas; y nos ha protegido con su poder, nos ha socorrido con su sabiduría, y siempre nos ha mirado con ojos de amor. Y sin embargo, tantas gracias, mis amados hermanos (no os extrañe mi lenguaje); tantas gracias, repito, no son todavía suficientes. Otras tantas necesitamos en los breves dias que nos quedan de vida, otras tantas en la hora de nuestra muerte, otras tantas en el momento terrible en que debemos presentarnos ante el divino tribunal.

Empero, amados hermanos; ¿pudierais, acaso, lisonjearos, desde ahora, de obtener esas gracias posteriores? ¿Poseeis, por ventura, la fundada esperanza de alcanzarlas de la bondad del Altísimo? Un solo camino os resta para llegar á tal certidumbre; la gratitud por los beneficios anteriormente recibidos. Hé ahí la sublime virtud, que hará que se cumplan en vosotros las misericordias del Señor; hé ahí la virtud que atraerá sobre vosotros, casi estoy por decir á viva fuerza, los favores del cielo. Gratitud, pues; pero, esa gratitud debe ser expresada con alabanzas sinceras, con acciones de gracias afectuosas. Sea esa una gratitud, que se reconozca y se manifieste por medio de una vida atemperada enteramente á la observancia de la ley santa de Dios, consagrada al cumplimiento de los deberes individuales, á la satisfaccion, en todas las cosas, de la voluntad del Altísimo. Y Dios, entónces, no podrá ménos de mirarnos con ojos benignos, y de derramar sobre nosotros, sin medida, otras divinas manifestaciones.

¡Ah! por piedad, iluminadnos Vos, oh misteriosa Campanilla! oh Virgen reconocidísima! iluminadnos, sí, para que reconociendo nosotros, por fin, las gracias infinitas que hemos recibido y estamos recibiendo todos los dias de Dios, sepamos tributarle el debido reconocimiento. Haced, que iluminados con vuestro ejemplo, reconozcamos que el único medio para merecer nuevas mercedes, es el reconocimiento y la gratitud. Empero, haced ¡oh María! que esa gratitud, ese reconocimiento sean verdaderos, que sean sinceros; que no consistan en palabras vacías de sentido y en vanas expresiones, sinó en

obras. Dios nos ha dispensado sus beneficios para que le sirvamos con fidelidad. Alcanzadnos, pues, esa fidelidad, con la cual, sometidos á su querer, obedientes á sus leyes, y adictos á sus mandatos, podamos recibir el supremo de sus dones, el último de sus beneficios, la gloria eterna.

DIA TRECE.

LA ESPINALBA,

Ó SEA:

LA CONFIANZA.

Spes non confundit.
La esperanza no burla.
(Rom. V, 5.)

Llenaos de júbilo ¡oh vosotros, que pasais vuestra vida en el llanto, la afliccion y el dolor! Dad ya de mano á la tristeza, enjugad las lágrimas de vuestros ojos ¡oh vosotros, que gemís bajo el peso de la adversidad y la miseria! Entonad himnos de júbilo, ¡oh vosotros todos, los que sois objeto de las calumnias de vuestros rivales, de los sarcasmos de los impíos, de los acerados dardos de vuestros implacables enemigos, y que pasais los miserables dias de vuestra existencia, harto abrumados por los sufrimientos y los lamentos!

Mas, ¿qué motivo os ofrezco yo, en este instante, en que fundar vuestro júbilo y vuestro alborozo? ¿qué prenda os doy para levantar del abatimiento á vuestros apesadumbrados corazones?

Una flor, mis amados hermanos, nada más que una flor. Pues, ¿qué! ¿si cuando la tristeza está apoderada de vuestros ánimos, yo os presentara una flor de tal suavidad en sus perfumes, de tal belleza en su aspecto, tan linda en su figura, y de tal brillo en su colorido, que os causase un movimiento involuntario en vuestro rostro, ¿ese